

Los Valles, familia trabajadora, disfruta haciendo y viviendo la fiesta

ANTONIO JUAN LÓPEZ GONZÁLEZ

Me encontraba hacia finales de abril en las cumbres de Gran Canaria, en el municipio de Santa Lucía de Tirajana. Con el párroco y el arquitecto que asesora a la Diócesis estudiábamos una obra a emprender en la parroquia. Terminada la tarea, encuentro en el móvil una llamada perdida. Marco el número y alguien me dice sin rodeos: «Antonio, este año los jóvenes del pueblo han cogido la directiva del teleclub y quieren que seas el pregonero de las fiestas. Me pidieron que te llamara para solicitar tu consentimiento». No me lo esperaba. Escuché en silencio y prometí consultar mi agenda.

En el camino de vuelta a casa me preguntaba si debía aceptar la invitación. Un motivo de peso me empujaba a hacerlo: la ilusión de volver a Teguiise y especialmente a este pueblo de Los Valles después de tanto tiempo. Era grande el deseo de encontrarme con ustedes y poderles saludar, para recordar juntos tantos momentos vividos aquí, muchos de ellos entre las paredes de este teleclub.

Llegado a casa comprobé la agenda. Por fortuna podía arreglar sin mayores apuros el programa de este día, de modo que confirmé mi asistencia.

Así pues, puse manos a la obra para empezar a elaborar este pregón. Fui a consultar en el diccionario precisamente el significado de la palabra *pregón*, y en una de sus acepciones hallé lo siguiente: «Discurso elogioso en que se anuncia al público la celebración de una festividad y se le incita a participar en ella».

Quien me conoce sabe que no soy de discursos sino más bien de sermones y que no soy amigo de elogios, ni de darlos y mucho menos de recibirlos. «Pues sí que empezamos bien»— pensé para mis adentros; sin embargo la segunda parte me dio consuelo: «anunciar públicamente las fiestas e invitar a la participación en ellas», aunque creo que esto último no es muy necesario en este pueblo... Así las cosas, pensé que lo mejor sería simplemente recordar mis vivencias en este

pueblo de Los Valles durante mi estancia entre ustedes y especialmente durante las fiestas.

Hablando de recordar... , la palabra recordar viene del latín “*re-cordari*”, vocablo compuesto por el prefijo verbal *re* (que indica repetición, o sea, de nuevo) y *cordis* (corazón). Recordar quiere decir mucho más que tener a alguien presente en la memoria. Significa volver a pasar por el corazón. Y es lo que me apetece renovar con ustedes esta noche al inicio de las fiestas de San Antonio.

El pueblo de Los Valles es una familia

En mi recuerdo, este pueblo es una familia que sabe unirse, tanto en las alegrías como en las tristezas. Muchos acontecimientos me lo hicieron percibir nítidamente, pero quiero resaltar dos, que quedaron grabados en mi memoria. Recién llegado al pueblo, una mañana fui a comprar a la tienda de Duque en La Villa y mientras estaba allí escuché una conversación singular que mantenían varios vecinos:

- Hay un velatorio en el tanatorio.
- Sí, tiene que ser alguien de Los Valles porque el gentío que había anoche era tremendo.

Tal como terminaba la frase, entró un señor a dejar las esquelas en la tienda. Efectivamente el difunto era de Los Valles. Comprendí entonces que cada vez que fallecía alguien del pueblo la gran cantidad de coches que había en el tanatorio dejaban bien clara su procedencia. Ustedes son personas de acompañarse en el dolor y en las pérdidas y en las ausencias de sus vecinos.

Pues precisamente con motivo de un acontecimiento doloroso viví en el pueblo uno de los momentos más amargos que tuve, pero por ello mismo se convirtió para mí en un gran aprendizaje. Me refiero al día en que olvidé de venir a celebrar un funeral, tal fue mi despiste que llegué a la iglesia con hora y media de retraso. La vergüenza que me atenazaba durante la eucaristía era tan grande que ni siquiera me atrevía a mirar de frente a la gente, especialmente a la familia. No sé ni cómo pude celebrar la misa. Solo deseaba que terminara cuanto antes y que se abriera a mis pies un gran agujero para meterme en él. Finalizado el funeral, entré en la sacristía desolado, con el ánimo por los suelos. De ese momento nunca olvidaré los gestos de cariño de la familia del difunto y de muchos de ustedes, que se acercaron a mí para confortarme y darme ánimos. Algunos me tranquilizaban diciendo que son situaciones que le pueden pasar a cualquiera. Pero no había forma de recuperar la serenidad, estaba hecho trizas. Entonces entró Domingo Valenciano y se sentó a mi lado, en silencio. Después de un par de minutos me dice:

- Antonio Juan, esta situación seguramente es la primera vez que te ha pasado, pero no creas que va a ser la última. No es malo reconocer que uno se equivoca y tiene errores. Ya lo has vivido y lo has manifestado, pues ahora ponte en pie, a seguir caminando y con la cabeza bien alta.

Aquel día y las sucesivas semanas, sentí la cercanía, el afecto, la paciencia, la comprensión que tuvieron conmigo muchos de ustedes. Y esto me hizo saborear gozosamente lo que significa sentirse y estar en familia.

Una experiencia similar de estrecha comunión y familiaridad me sucedió también en otro momento. Fue un 22 de diciembre, un día en que todo el pueblo se había ganado un pellizco en la lotería de Navidad con uno de los premios importantes. Aquella tarde yo estaba en casa y alguien del pueblo –no recuerdo quién–, me telefoneó. Pero desde donde quiera que hablase mi interlocutor, había tal bullicio de fondo, que apenas se podía entender lo que decía. Hasta el punto de que tuvo que salir del teleclub y alejarse de la algarabía para que pudiéramos conversar sin volvernos locos: «Antonio Juan, vente al Teleclub que te estamos esperando, tenemos algo importante que compartir y tienes que estar con nosotros». Cuando llegué, casi la totalidad del pueblo estaba festejando el golpe de fortuna. Allí estaban tanto los que tenían algún décimo como los que no tenían nada, como en mi caso, pero unos y otros lo celebrábamos como si la fortuna nos hubiera sonreído a todos.

Pues bien, el haberme hecho partícipe de aquella alegría como de tantas otras en lo sucesivo, me llevó al convencimiento de que este pueblo es una gran familia. Y así fue siempre: cada vez que había un acontecimiento importante me invitaban a participar. Son muchos gestos que no se olvidan.

Por eso digo que ustedes forman una familia, sí, una familia donde todos y cada uno son importantes: niños, jóvenes, mayores. Al poco de llegar a la parroquia, después de misa o durante las fiestas, me quedaba asombrado cuando veía cómo chicos y grandes interactuaban en el teleclub, echando una partida de truco o un envite con equipos formados por todos. Para formar una parranda en cualquier esquina, no hacían falta muchas cosas y ahí siempre estaban los chini-jos, con los jóvenes y también los mayores. Y muchas veces tanto los mayores como los jóvenes se arrancaban con coplas y polkas piconas, y también el cura lo hacía alguna vez...

En todo momento llamaba la atención cómo se cuidaban mutuamente chicos y grandes. Los domingos al mediodía era significativo presenciar cómo cuando las chicas terminaban de jugar su partida, creo que la napolitana, al salir se llevaban a sus madres que también jugaban a las cartas o a sus padres que estaban en el bar echando su manita o conversando con los amigos. O cómo alguno

de sus nietos cogía el coche de sus padres para llevar a los abuelos a casa y poner a calentar la comida de modo que estuviera lista cuando llegara toda la familia.

El pueblo de los Valles es una familia trabajadora

Cada vez que iba al pueblo a visitar a los enfermos o tenía que subir a Las Nieves o a Haría por Los Valles ¡qué estampa tan hermosa era ver a muchos de ustedes en el arenado arando, plantando, regando o echando guano! Me fascinaba esa imagen del tractor surcando la tierra, diseñando sobre ella un dibujo de líneas y curvas. Raro era el día que no había algún vecino plantando papas, cebollinos o lentejas ya fuera para la venta o para la producción casera. Fuera el día que fuera, siempre que pasaba por Los Valles y La Montaña, encontraba y conversaba con alguno de ustedes.

Me alegró mucho saber que la asociación de agricultores La Montaña de Los Valles ha elaborado una marca propia que identifica la papa cultivada en esta zona. «Gracias a las condiciones climáticas de los Valles, –un paraje sin igual en la isla con tierras fértiles y agricultores que trabajan el campo para lograr los mejores frutos y verduras de Lanzarote–, y a las propiedades del arenado que hacen retener la humedad por largo tiempo en el suelo, se obtienen unas papas de gran calidad en esta zona». Así decía la noticia que salió en la prensa. Pero yo subrayaría que gran parte del éxito se debe al esfuerzo de sus gentes trabajando a diario, desviviéndose por cuidar los cultivos y cuidar la tierra.

Pero no solo del trabajo de la agricultura vive este pueblo, también de la ganadería y sobre todo de la artesanía. En mis recuerdos está la admiración ante un joven del pueblo que se levantaba bien de madrugada para dejar atendidos los animales antes de incorporarse a su trabajo. Pero además tenía tiempo para disfrutar de su otra pasión que es el folklore canario, tocando como pocos la bandurria o el laúd. Es más, tiene hasta tiempo para escribir poemas como el que hoy nos va a leer:

Cada vez que junio siente
que ya es 13 del mes
Los Valles tu pueblo es
un reencuentro permanente.
En fiesta es más que una fiesta
tu fiesta entre sal y bruma
pretende ser una suma
en un presente que resta.
San Antonio, nuestro patrón,
tu humilde y constante empeño

de ser fiel en lo pequeño
te hizo grande ante el Señor.
Testigo de su labor
bendice y cuida el afán
de los que fueron y serán
de este pueblo agricultores
y saben con sus sudores
ganarle a la tierra el pan.
San Antonio chiquitito
de este pueblo eres patrón
y por ser santo y bendito
te llevo en mi corazón.
Qué ilusión y que alegría
al acercarse tus fiestas
para todos tus vecinos
no hay ninguna como estas.
Todo a punto se ponía
cada cosa en su lugar
la casa había que albear
y tirar lo que no servía
para que al llegar tu día
todo estuviera oliendo
de blanco y verde luciendo
como si fuera un primor
lo hacíamos en tu honor
pero ya se ha ido perdiendo.
Por costumbre y tradición
tu día es de estrenar
aquella prenda de ropa
que se va al Puerto a comprar.
De reunión en las casas
toda la familia entera
para comer el puchero
receta de las abuelas.
Ojalá un día tus ojos
hechos de frío cristal
se volvieran manantial
de anécdotas y sonrojos
que al cementerio se han ido
calmando así en el sonido

Antonio Juan López Gonzalez: *Los Valles, familia trabajadora, disfruta haciendo y viviendo la fiesta*

de su ya mudo abolengo
esta nostalgia que tengo
de momentos ya vividos.
Los que están y los que no
en presencia o en memoria
sepan que tienen rellena
una página en la historia.
Para terminar, san Antonio, pido
que nos des tu bendición
y que con tu protección
mantengas este pueblo unido
como siempre hemos vivido
para así poder disfrutar
las fiestas que van a empezar
sean todos bienvenidos.

Oliver Martín Hernández

Para mí supuso también una enorme alegría el reconocimiento por parte del Cabildo a Hortensia Pérez Abreut como Artesana del año en la Feria insular de Artesanía. Una mujer autodidacta, minuciosa e incansable con una vida dedicada a la elaboración de la auténtica sombrera de Lanzarote, de palmito y forro de paja de trigo. No faltará una de esas sombreras elaboradas por Hortensia en muchas casas de la isla y sobre todo de este pueblo. Todo esto nos hace comprender que estamos en medio de un pueblo en el que sus gentes viven del trabajo de sus manos.

El pueblo de los Valles es una familia trabajadora que disfruta haciendo y viviendo la fiesta

La llegada de las fiestas empieza a ser evidente cuando los alrededores de la ermita y del teleclub se engalanan con banderas y una hilera de bombillas se enciende a lo largo de la carretera. Poco a poco el recinto se va adornando por fuera y por dentro. De aquellos primeros años me vienen a la memoria nítidamente numerosas sensaciones, olores, sonidos, rostros: entrar al teleclub en los días de fiesta era disfrutar del aroma de los platos cocinados en el bar por Emilio, era encontrar todas las mesas ocupadas por vecinos y foráneos jugando a las cartas o tomando un refrigerio digno del momento, con la terraza siempre ocupada mayormente por las chicas. Sí, las chicas, porque el saludo de todos y todas las que llegaban era siempre un: «¿Qué tal, chicas?» El acoplado era un servidor y luego empezaban a llegar sus maridos, hijos o sobrinos.

En esa terraza, dependiendo del momento del día, tomábamos café o unos cubatas. Los cafés o alguna cerveza los domingos al salir de la misa, y los cubatas mayormente por las noches, especialmente en los días de fiesta. Era un lugar para hablar de lo humano y de lo divino, para ponernos al día, incluso para idear juntos algunas actividades que se podían hacer en el pueblo o en la parroquia. Sí, esa terraza tenía su encanto. De hecho, las primeras veces que fui a celebrar la eucaristía a Los Valles, se convirtió en mi plataforma ideal para empezar a conocer a los vecinos. Cada cinco minutos aparecía alguien nuevo y cuando me lo presentaban, una de las chicas me decía: «Este es mi hijo», y otra añadía: «que es mi sobrino». Y todavía otra: «y es el novio de mi hija». Ahí empecé a darme cuenta de que efectivamente Los Valles es una familia en muchas familias.

Pero, tanto en Los Valles como en cualquier pueblo del municipio, toda fiesta empieza, ¿con qué? Así es, con el asadero popular. Era el pistoletazo de salida. Ya podía ser de sardinas o de carne, pero nunca faltaba el buen vino, la cerveza o un cubata fresquito. O las tres cosas según se iba terciando la noche. Era un encuentro de casi todo el pueblo, un momento especial que me ayudaba a conocer sobre todo a los vecinos que no se dejaban ver mucho por la parroquia o no solían acudir a celebrar la eucaristía los domingos. Las primeras veces, por mi timidez y vergüenza, me costaba un poco relacionarme, ya después reconozco que fui cogiendo carrerilla y me encontraba como pez en el agua. Por decirles, creo que no me perdí ni un festejo. ¿Cómo no acordarme de aquellos bidones cortados a la mitad que servían de barbacoa llena de sardinas o chuletas, además del queso, las papas arrugadas y el mojo...?

Una señal inequívoca en este pueblo de hacer y vivir la fiesta eran las parrandas improvisadas que se formaban, cualquier lugar de este teleclub era bueno para ello: el pasillo de ahí fuera, la barra del bar, las canchas de atrás e incluso la calle cuando la noche así lo merecía. Otra cosa no, pero este es un lugar de tocadores y cantadores espectaculares. Me encantaba cuando para hacer música algún espontáneo cogía una botella, dos palos, o una tapa de caldero que pedían en el bar, o cuando menos te lo esperabas alguno de los no habituales se arrancaba con una copla de lo que se estuviera cantando. Les confieso que más de una vez se me hizo bastante de noche para llegar a casa.

Y si no había parranda era muy probable un partido de envite. Eso sí, siempre con Rina de anfitriona que buscaba desconsolada jugadores y equipos para montar la partida. ¡Qué pasión por las cartas la de ella y cuánto le costaba perder! Con todas las partidas de envite en que participé y que vi desde la barrera, con todos las cañas o faroles que se pegaban, muchas horas de confesionario habrían hecho falta para algunos de los jugadores. Recuerdo que cuando yo pegaba un envite, el mandador del equipo rival decía: «cuidado que el cura no puede mentir y siempre dice la verdad». Con ese pensamiento alguna que otra piedra conseguí

para los míos. Aunque les confieso que solo temía una cosa jugando al envite: jugar contra Juan Pedro, porque para terminar una jugada podía estar diez minutos, le daba vueltas y vueltas y vueltas hasta que lograba cansar a cualquiera. En otro orden de cosas tengo fresco en la memoria lo que me decía Ricardo: «para aprender a jugar al truco tienes que pagar muchas tapas de pulpo». ¡Y qué razón tenía! Mira que estuve horas y horas viendo jugar pero hoy en día estoy como al principio. No me entero de nada. Quien me parecía que era un especialista en eso y disfrutaba mucho era Primitivo. Todos los domingos después de misa te lo podías encontrar en la mesa de la esquina donde está la ventana echando su partida y casi con los mismos jugadores, entre otros Francisco, Javier, Ricardo y algunos más que no recuerdo bien. En cambio las mujeres en este salón no paraban de jugar a la napolitana y a otros juegos.

Cada año se aguardaba con expectación las innovaciones introducidas para divertir a todos los que acudíamos: los Playback, los campeonatos de petanca, bola, ronda, envite, los festivales de Gran Aldea que se hacían siempre en el marco de estas fiestas de san Antonio, la noche de humor. Un año se les ocurrió organizar una luchada en la cancha de atrás. Fue un domingo después de misa y el acontecimiento deportivo acababa con un almuerzo. Al terminar la misa me dirigí feliz a la cancha con idea de disfrutar de la luchada como espectador. Pero no me dejaron llegar, Ricardo y Anibal me abordaron diciendo que hacían falta luchadores para un equipo. ¿A que no saben cuál? Así es, el de los casados. Uno de ellos me dijo: «Tú, como te casaste con Dios eres del equipo de los casados». Yo repuse que sí, me casé con Dios porque no había nadie que se casara conmigo... Pero ni caso. Ricardo me dio unos calzones y una camisola. De aquellos calzones el cordón me daba dos vueltas a la cintura. Algunos se acordarán porque estuvieron presentes. Era un espectáculo deprimente verme con aquella ropa y cómo de aquellos calzones salían dos verguillas de pies.

¡Mira que uno es atrevido! Cuando me tocó salir, enfrente tenía a Luis Miguel, el hijo de Juan Pedro. Ricardo me dijo al oído: «aguántale un poco y después te dejas caer». Pero quien me conoce bien sabe que tengo un puntito de orgullo y chulería y me dije: «¡Cómo que me deje caer, que me tire si puede!». Y en la primera agarrada, en un despiste de Luis Miguel se fue al suelo, pero no porque yo lo tirara sino porque al empujarme yo me fui a un lado y él se cayó. Aquel puntito de orgullo y chulería creció a pasos agigantados. En la segunda agarrada Ricardo me volvió a hacer la misma sugerencia: que dejara caer el cuerpo momio. Creo que a Luis Miguel no le gustó mucho el resultado de la primera agarrada, porque en las dos siguientes me dio tales meneos que besé la colchoneta antes de poder darle algo de resistencia. Al terminar, Ricardo me dijo algo que entendí al día siguiente: «no te asustes mañana si no puedes hacer algunas cosas». Cuando me fui a poner los calcetines no

podía doblar el cuerpo y tuve que estar todo el día con chanclas. Y no solo ese día, parte de la semana fui incapaz de ponérmelos.

Pero en las fiestas había tiempo para cuidar el cuerpo y también para cuidar el alma. Cada 13 de junio, cayera el día que cayera se celebraba el día grande, con la misa al atardecer y la procesión. Era el día de estreno de ropa, de zapatos, de enramada de los tronos, de la preparación de la misa con las ofrendas. Era un día muy celebrado, rebosando la ermita de gente como pocas veces sucedía. Nunca faltaban el alcalde y los concejales de turno, las personas más mayores del pueblo que venían con sus hijos e hijas en sus coches, los jóvenes y los vecinos de los pueblos colindantes del Mojón, Teseguite, Teguisse, Tahiche y Haría. Y después de la misa la procesión calle abajo y calle arriba donde para llevar los tronos se organizaban de modo que las mujeres llevaran uno y los hombres los otros. Era un día hermoso y bonito como todos los demás. Entre cantos de la iglesia, algún ¡Viva san Antonio! Y ¡Viva Los Valles! íbamos en procesión intercaldando algún volador que anunciaba el festejo.

Cuando un pueblo como el de Los Valles festeja de esta manera, muchas tradiciones nacen, se consolidan y perduran en el tiempo. Y es que estas tradiciones forjan la propia identidad del pueblo. Por ejemplo, la celebración del día de Navidad por la tarde-noche empezaba entrando el Rancho desde la calle hacia el interior de la ermita anunciando el nacimiento de Jesús de Nazaret. Era otro día de encuentro y de verdadera fiesta de todo el pueblo donde los niños decían sus versos a Jesús recién nacido trayendo sus mejores ofrendas, los jóvenes participaban cantando en el Rancho, algunas mujeres y hombres organizando y preparando la celebración y el montaje del Belén, las abuelas disfrutando al ver a sus nietos participar y los hombres esperando por llevarse el Evangelio de cada día que regalábamos al final de la celebración. Era otra tarde de encuentro familiar y de celebrar la fe haciendo y viviendo la fiesta.

Después de estos últimos años tan peculiares que hemos vivido con motivo de la pandemia, en medio de esta nueva normalidad que no termina de arrancar, me gustaría invitarles y animarlos a acercarse a este pueblo de Los Valles. Que las fiestas de san Antonio de Padua van a comenzar. Que hay un grupo de jóvenes que con todo el cariño del mundo, dejando sus cosas a un lado, llevan ya varios meses pensando en estas fiestas y en cómo organizarlas para que todos podamos disfrutarlas a tope.

Que suenen las cuerdas de los instrumentos, desde Martina de León Pérez (que es la niña más pequeña del pueblo) hasta Remedios Bonilla Alpuin ya centenaria en años, que no se quede nadie en casa, que se acerquen todos a celebrar las fiestas, que nunca deje de ser este pueblo de Los Valles una FAMILIA TRABAJADORA que disfruta HACIENDO Y VIVIENDO LAS FIESTAS.

Antonio Juan López Gonzalez: *Los Valles, familia trabajadora,
disfruta haciendo y viviendo la fiesta*

En este municipio y en sus pueblos, como en este de Los Valles ustedes me han enseñado a ser cura. Me han enseñado a valorar la vida desde lo pequeño. Me han enseñado a disfrutar de cada momento. Me han enseñado a rezar. Me han enseñado a brindar. Por todo ello quiero terminar este pregón haciendo el primer brindis de las fiestas de san Antonio 2022. Me gustaría que se pusieran en pie y repitieran conmigo:

Si Dios por su gran bondad, aquí brindando nos tiene,
será porque nos conviene. Hágase su voluntad.
¡Viva san Antonio!